

La razón y las Musas

DAMAS. Hay una bolsa de papel en la puerta de mi casa. Dentro, *La Ciudad de las Damas* (Siruela), de Cristina de Pizán (1364-1430), con una nota, firmada por Juana Ribota: «Antes de Virginie Despentes, muchas escritoras habían denunciado la falsa culpabilidad de las mujeres en las violaciones». El libro, que no había leído, escrito en 1405, tiene doblada la página 204, «Donde se refuta a los hombres cuando pretenden que a las mujeres les gusta que las violen», cuya lectura me aterra.

Pasado el pasmo, voy al comienzo y me sorprende porque se trata de un libro *inspirado* a Cristina de Pizán por tres «Damas coronadas», que han entrado en su casa «pese a estar cerradas las puertas». Y me sorprende porque llevo dos meses pensando que quizá las Musas sí existen.

AUSTER. Soy tan racional como el Martin Frost de Paul Auster (interpretado por David Thewlis, cuya apariencia recuerda a la de Fernán Gómez, un poco mezclada con la de Roger Wolfe), pero a veces se me quedan atascadas las casualidades en la cabeza, sin que logre encontrarles un sentido. Y me está pasando con las Musas.

No sé si Irene Jacob, la «Musa» Claire de *La vida interior de Martin Frost*, procede del mismo lugar que las «Damas» de Cristina de Pizán: es más lánguida, pero consigue transmitir la misma electricidad.

JOUBERT. Dice Auster que los *Cuadernos* de Joseph Joubert son «diferentes a todo cuanto haya leído jamás». Joubert (1754-1824) fue revolucionario y después, amigo ya de Chateaubriand, su ánimo exaltado se volvió más conservador. Desde hace trece años, cuando apareció una selección de sus «pensamientos», realizada por Carlos Pujol para Edhasa, no se publicaba en España. Luis Eduardo Rivera ha antologado para Periférica algunas de sus reflexiones en *Sobre arte y literatura*.

Joubert no publicó nunca ningún libro, quizá por miedo a defraudarse, aunque escribió siempre un diario. Creía en la verdad, la belleza y el trabajo, y recomendaba la lectura de los clásicos. No renunciaba a una parte que no era controlable por el escritor: «Hay versos que, por su carácter, parecen formar parte del reino mineral; son dúctiles y resplandecientes. Otros, pertenecen al reino vegetal; tienen savia. Los últimos, finalmente, pertenecen al reino animal; tienen vida. Los más bellos son los que tienen alma; éstos pertenecen a los tres reinos, pero aún más a la Musa».

DEMONIO DE PACIENCIA. Habla Henry James de su Musa en sus *Cuadernos de notas* (publicados por Península hace casi veinte años). Y lo recrea Guillermo Martínez en su

novela *La muerte lenta de Luciana B.* (Planeta): «Tenía, o creía tener, un espíritu protector, un "buen ángel". A veces lo llama su "demonio de paciencia", otras veces su *daimon*. O también el "bendito Genio", o "*mon bon*". Lo invoca, lo espera, lo percibe a veces sentado cerca de sí. Dice incluso que puede sentir su aliento cerca de su mejilla. A él se encomienda, a él le reclama cuando no llega la inspiración, a él aguarda cada vez que se instala en un nuevo cuarto a escribir. Un espíritu tutelar que le acompañó toda su vida».

DÓNDE ESTÁ LA MUSA. Si quieres jugar a lo Wally, intenta encontrar en sus *cuartos propios* dónde se esconden las Musas de los escritores (Amis, Byatt, Ballard...), en un reportaje de *The Guardian* [<http://books.guardian.co.uk/writersrooms>].

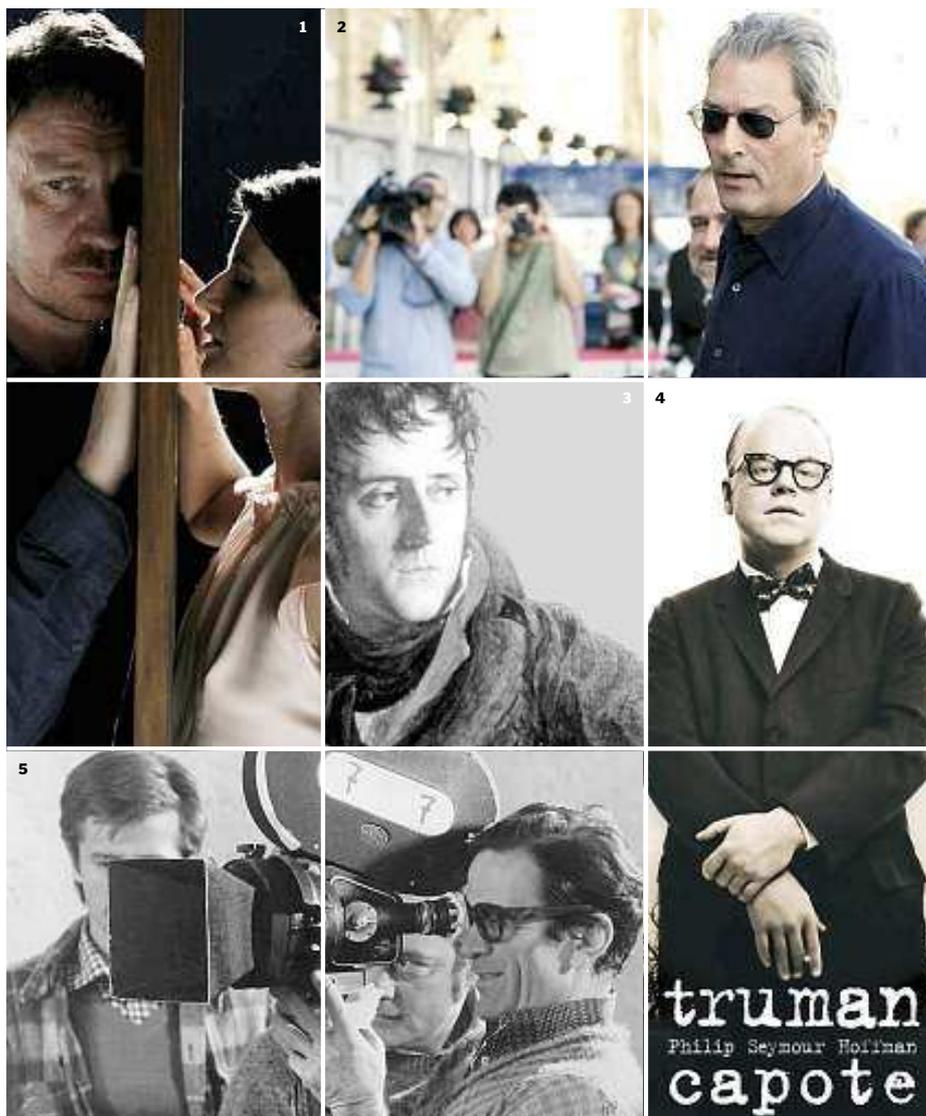
«DAIMON» DE VIAJE. Siempre me ha fascinado Pasolini, aunque sus películas y sus libros nunca me parezcan logrados. Me gusta el personaje: el inmenso caos en el que vivía y que él sentía como orden. En *Larga carretera de arena* (La Fábrica), un *road*-libro muy hermoso que apareció en una revista de entretenimiento a finales de los 50, Pasolini está muy feliz. Se maneja bien con los mendigos y con los nobles, con las autoestopistas y con las estrellas del cine.

Pasolini explica que se mueve por los impulsos del «*daimon* del viaje», que le «empuja hacia abajo, hacia la punta extrema».

¿AÚN VIVEN? *Se oyen las Musas*, el viaje a Rusia de Capote con una compañía teatral afroamericana, también apareció en una revista en

los años 50, el *Newyorker*. Ahora se recoge en *Portraits and Observations: The Essays of Truman Capote* (Random House), y seguramente hará que se publique de nuevo en castellano, después de cuarenta años de su traducción argentina.

No quiero abandonar mi obsesión por las Musas sin hacer una minicuesta para preguntar a dos escritoras que acaban de publicar su primera novela si creen en las Musas. Aloma Rodríguez (Zaragoza, 1983), autora de *París tres* (Xordica), me mensajea: «Yo no tengo Musas. Es más divertido hacer las cosas que inspirarlas». Eva Puyó (Zaragoza, 1976), autora de *Ropa tendida* (Xordica), me *email*ea: «Ser Musa no se elige, pero ser creadora sí. En el baile suelto, el de la música pop, bailas cuando quieres. Y a mí me gusta bailar». ■



TOCADOS POR LA INSPIRACIÓN. DAVID THEWLIS E IRENE JACOB EN UNA ESCENA DE «LA VIDA INTERIOR DE MARTIN FROST» (1), PAUL AUSTER (2), CHATEAUBRIAND (3), PHILIP SEYMOUR HOFFMAN CARACTERIZADO COMO TRUMAN CAPOTE (4) Y PIER PAOLO PASOLINI (5)